

# Telón negro

## A mi hermana Maria

Dos ángeles eminentes, de piel prieta, fornidos y vestidos con túnicas endrinas hasta los pies, sostienen el telón negro en alto mientras suena el *Vals triste* de Sibelius. Platón había asegurado en *República*, que “*La música... eleva hacia La Belleza, de la cual es aunque invisiblemente la forma deslumbrante, apasionante y eterna*”.

Lluís Fullat Aragonés, padre, nace el 31 de marzo de 1899 falleciendo el 12 de marzo de 1977. Maria Genís Serra, madre, nace el 20 de julio de 1902 falleciendo el 18 de abril de 1966. Maria y Lluís se casan en Montserrat el 25 de febrero de 1926.

Embarazo de guerra civil de madre. Sobresaltos. El 23 de abril, día de Sant Jordi, de 1939 madre da a luz a Maria, el último de sus vástagos.

Maria Fullat Genís recibe la Primera Comunió en el Monasterio benedictino de Irache, Navarra, el día 15 de julio de 1945. Cuando cumple los 12 años padece el primer ataque penoso de amigdalitis. No le extirpan las amígdalas. Los estreptococos viajan a través de la sangre instalándose en la válvula mitral del corazón. En 1960 la estenosis mitral pasa a ser ya considerable. A partir de 1967 el cardiólogo Doctor Ernest Freixa se hace cargo del morbo de Maria. En 1974 el cirujano Puig Massana le interviene a corazón abierto la estenosis convirtiéndola en insuficiencia mitral que corrige con un anillo Carpentier. Muerto padre, con quien vivía Maria, paso a convivir con mi hermana en 1977. A partir del año 1995 las válvulas mitral, tricúspide y aórtica pierden seriamente sus funciones. El cardiólogo García Moll, del Hospital de Sant Pau, se hace cargo del proceso degenerativo. En 2000 el cirujano Alejandro Arís le coloca una válvula mecánica en la mitral corrigiendo durante la misma intervención la anatomía de la tricúspide. Taponamiento cardíaco diagnosticado e intervenido tarde. Pocos años después se le coloca un marcapasos para subsanar el ritmo irregular del músculo cardíaco. En la primavera de 2006 se inicia una muy seria retención de líquidos. Visitas periódicas al Hospital de Día de Sant Pau en la sección de insuficiencias cardíacas que dirige el Doctor Bayés Genís. En julio de 2007 ingresa en la Sala *Sant Gerard* del Hospital de Sant Pau. No deja ya la hospitalización.

Los dos ángeles eminentes de dermis prieta, fornidos y vestidos con túnicas endrinas hasta los pies, bajan el telón negro más de dos tercios.

A las siete horas y cincuenta minutos entré en la Sala *Sant Gerard*. Cuando me advierte en la puerta de su habitación por poco me grita:

—Ven, Octavi.

Corrí tanto con la fantasía que no sabía donde tenía las piernas.

—¿Qué quieres?

En silencio absoluto me agarra fuertemente las manos apretándolas con fuerza teniendo los ojos clavados en los míos. Los dos notamos como el amor de nuestra madre nos acaricia. Después de un rato:

—Ya está.

Y aflojó la presión. Pasó acto seguido a apretar con las dos manos su vientre como si intentara contenerlo. Estaba hinchado a reventar. Advertí el abatimiento en su semblante. La tristeza oprimió el corazón.

Por la noche me consolaron la soledad y la quietud de las estrellas.

En una tarde transparente:

—Octavi: me gustaría tomar el sol.

La senté en una silla de ruedas y salimos al exterior rodeados de edificios modernistas y de dolor de enfermos.

—Disfruto cuando el sol me calienta —dice.

Amo a un paisaje si me acompaña alguien a quien quiero. Se deslizaban gotas de sudor en su frente. ¿En qué piensa una bailarina cuando con sus saltos intenta abrazar el espacio? Refrescamos el aliento con una ramita de menta. Al caer la tarde el aire se volvió tranquilizador.

—Desearía partir durante un amanecer.

Ya en la habitación olió un ramillete de flores de naranjo que le había regalado una amiga. Algunos coleccionamos pedacitos de almas.

Tendida en cama, otro día, me pregunta con un hilo de voz:

—¿Crees que saldré de ésta?

Bajó un momento los ojos y después me miró de frente. Ojos en los ojos, mano en las manos me susurra:

—Estoy muerta y tú lo sabes.

Y oí a un coro potente que entonaba *Behold the Lamb of God* de la segunda parte de *El Mesías* de Haendel.

Mi hermana Maria era ya mujer de ojos inquietantes. Los últimos meses se había convertido en una de estas personas con mirada de paloma que busca una salida por donde escapar. Me pareció que su tristeza regaba una flor marchita. Ella, inocente y frágil. ¡Dios mío! ¿por qué nos habéis sometido al suplicio del tiempo?

Una mañana gozando del sol en su silla de doliente suplica:

—Nárrame un cuento, Octavi.

No le pude dar satisfacción. Todos mis relatos permanecían tiesos, yertos. Noté como su mirada se clavaba en mí mientras una luz especial se escondía en sus ojos. En aquel instante se desdibujó el recuerdo de mi madre.

Transcurrían desmayados los días en el hospital. Aquella fue una jornada gris y ventosa. Desde la cama:

—No tiro la toalla, Octavi, para no hacerte sufrir.

El silencio sólo lo amortiguó el repiqueteo de la lluvia en los cristales. Unicamente nuestra infancia parece irreductible. Manifiesta:

—Me obsesiona lo que pasa en mí y que no es yo.

Diez rosas encarnadas se pavoneaban en un jarrón ingenuo. Aquella noche dejó el hospital para trasladarse al Parc Sanitari Pere Virgili donde *Sant Pau* tiene un pabellón. Habían transcurrido tres meses. La acompañé en la ambulancia de la muerte. Me pareció que durante el trayecto alguien me susurraba al oído: *La muerte vence siempre a la vida.*

Los dos ángeles eminentes de dermis prieta, fornidos y vestidos con túnicas endrinas hasta los pies, habían bajado el telón negro casi hasta el final.

Pabellón *Llevant*, primer piso, habitación 102, lado de la ventana. Por ventura Maria deseaba una habitación con vista a la eternidad.

Una campana anuncia el nuevo día. Me comunica:

—He descubierto con gozo que son muchas y muchos quienes me aprecian.

Una lágrima furtiva denuncia su emoción sonriendo tristemente. El parque exterior queda melancólico. Le confieso:

—Es preferible morir en Venecia que vivir en Hollywood.

Me responde con un leve gesto afirmativo. Por la tarde los rayos del sol penetran oblicuos por una ventana.

Alborada. Me deslizo en su cuarto. Descubro que viviendo moría. Tiene el aspecto de muerta de fatiga de tanto aguardarla.

—Estoy triste, Octavi, muy triste.

Comprendo que comienza para mí un invierno sin fin. Algo se ha roto en su alma que se ha puesto a sangrar. De repente su cuerpo queda envarado. La nieve estaría revoloteando en las montañas. El silencio se vuelve opresivo. Los pliegues de su cuello muestran los años de suplicio. ¿Cuál es el sentido de la vida? siempre hay gente muriendo.

Después de una noche de lluvia, los escolapios, en uno de cuyos colegios Maria enseñó durante más de treinta años, le ofrecen su residencia *Santa Eulàlia* para que pueda retirarse en ella cuando le den de alta.

—Estoy contenta, muy contenta —me comunica.

Su rostro regala entusiasmo. Acaricio la piel reseca y con grandes manchas negras de sus brazos descarnados. Y llena de repente el mundo el *Te Deum* de Henry Purcell. Descubro en su semblante la dulzura de la muerte aceptada. El fulgor, no obstante, persiste en los ojos.

Es media mañana y la luz se adentra por la amplia ventana. Al meditar en torno a su cuerpo irreconocible noto como mi rostro se baña en lágrimas. Al descubrirlo ella, me balbucea:

—No llores. Desgarras lo que me resta de vida.

Le regalo una sonrisa. Aflora húmeda. Sus ojos pálidos horadan el alma. Y un grupo de ángeles de voz potente grita al viento la Coral de la *Pasión según San Mateo* de Johann Sebastian Bach. Al salir del Centre Sanitari Pere Virgili todavía cantaban mientras la luna, satélite frío, me escudriña. Paso la noche batallando contra imágenes aciagas.

Come sin entusiasmo. Mediodía. Insinúo que voy a comer. Me mira de manera profunda e inquietante. Suplica:

—No vayas a comer. Tengo miedo.

El espanto invade sus ojos. Musito:

—Jamás te abandonaré.

Permanezco a su lado. La saliva se ha vuelto amarga. Noto un frío vivo a pesar del día soleado. De la vida a la muerte; del ser a la nada. Seguí acompañando a mi hermana hacia el final.

Lleva ya una semana en el Pere Virgili. Está débil como un recién nacido. En ella he descubierto una vida necesitada de amor. Sus ojos están iluminados como dos candelas; me confía:

—He tenido la suerte de tenerte siempre a mi lado.

Me besó con labios húmedos como lágrima de miel. Declaro que me ha amado con la sangre de sus venas. Uno no consagra impunemente su vida al rostro de otra persona. Me ha envuelto con su cariño y su dulzura. Dos lágrimas se escurrieron por las mejillas. Más allá bailaba una hermosa tarde de otoño.

Mi hermana pequeña, Maria, dispuso de tiempo para examinar a la muerte de cara. A lo largo de los años he pasado muchas noches a su cabecera; deseaba hacerla dormir haciendo sonar música pero todas lloraban. Para entendernos, a Maria y a mí, nos sobraba el habla. Mi yo había echado raíces en ella al mismo tiempo que su yo encontró matriz en mí. Únicamente de tal guisa se sabe qué sea una biografía que valga la pena de ser vivida. Una historia de bondad es un milagro roto por la melodía triste de la muerte.

Tiene las manos húmedas de sudor. Me observa y declara:

—Una vez muerta ¿pensarás en mí?

Quedo helado hasta los huesos. El cielo detiene las nubes. Me dejo caer en el sillón a su lado. La lejanía se pierde dando paso a la presencia de las miradas. Acercó la cara a la suya y su soplo quema mi mejilla. Padecí la amargura de las simpatías interrumpidas.

Último día de su existencia. Dos de la tarde. Visita la estancia una luz muerta. En aquel espacio manda el silencio de los siglos. El tiempo sigue dejando su huella gris. El frío no ha invadido todavía sus ojos. Me palpo inútil.

—Octavi: me duele el cuerpo entero. Mucho.

Sus dedos tiemblan levemente. Su boca está cada vez más seca; le ofrezco agua. Se pone pálida como un cadáver. ¿Qué es eterno? la pobre carne sufriente de la humanidad. Me acerco a ella; frota los labios encima de mi mejilla izquierda. Su mano está fría. Lloramos abrazados y esto nos une más. Escuchamos voces que sonaban a ruido de muerte y a voz de madre. Su cara sin ojos veía y sin voz hablaba.

Explota por los aires *Jeanne au bûcher* de Arthur Honegger con letra de Paul Claudel. La muerte se abate sobre la presa como ave rapaz.

Entra en la habitación el escolapio Manel Sales, antiguo alumno de Maria. Le da la absolución cristiana imponiéndole la mano derecha sobre la cabeza. Ella le dice con voz débil pero segura:

—Gracias, Manel.

Se retira el escolapio. Quedamos de nuevo los dos solos. Da principio una tarde que ya no termina. Nos invade la luz melancólica. E inicia, ella, un clamor insistente, interminable y de despedida total:

—¡Madrecita, madrecita...!

Una hora así. Maria se sentía casi nada. La lejanía se hace presencia. El olor inconfundible de la muerte invade la estancia. ¿Estaba a punto de atrapar algo? ¿qué? se me escapa. Noto el latigazo de frente. Sufro de hundimiento interior. El yo con el cual convivo queda alcanzado. En el exterior triunfa la leche negra de la noche. Maria avanza hacia el término, allí donde sólo hay azul celestial y vacío. ¿Vida más allá de la vida?.

Ingresa en la agonía definitiva como animal al que han cortado la yugular y se agita con sobresaltos. Cuando le huye el último soplo tiene cogida mi mano derecha. Me sale del cuerpo un alarido de horror que hace temblar los cristales. Poco a poco el calor la fue abandonando. El cuerpo de mi hermana pequeña Maria se había vaciado; fue el día 5 de noviembre de 2007 a las 17 horas y 15 minutos.

Su silueta afinada, aérea, de ángel, se alejó inexorablemente. La acogieron sin duda vuelos de pájaros. No lloré; no quedaban lágrimas. Su rostro me mira todavía con los ojos vacíos de una máscara veneciana. Murió y el mundo guardó silencio indiferente.

Avanza, invisible, una procesión inacabable de monjes cantando con fervor el *Tenebrae factae sunt* del Viernes de Semana Santa en un gregoriano que invita al temblor. A partir de ahora el corazón de la noche es mi luz. Los dos juntos hemos rezado los misterios de gozo y los de dolor. ¿Qué hay de los misterios de gloria?

Los dos ángeles eminentes de dermis prieta, fornidos y vestidos con túnicas endrinas hasta los pies, dejan caer el telón negro hasta el suelo. Aparecen entonces dos ángeles más; uno era alto, enjuto, quijotesco con ojos de iluminado, el otro me mira con

luceros tan helados que cortan el pensamiento. Los dos al unísono gritan: *Ya está*. A lo que responden con calma gélida y voz opaca los dos de dermis prieta: *Amén*, que en hebreo significa *ciertamente*, según el profeta Jeremías —11, 5—.

Y el gran coro entonó con reciedumbre el *Amén* de la tercera parte de *El Mesías* de Haendel.

En la vivienda saturada de olores de otros tiempos se amontonó la soledad. Me refugié en el campo; abrí de par en par las ventanas de la casa para que el murmullo de las aguas de un riachuelo acariciara mi soledad extrema. El ruido del mundo se ha apagado.

Maria: no morirás del todo hasta que muera yo.

Octavi FULLAT GENÍS

*Nota:* éste es mi oratorio al dolor supremo de mi hermana pequeña Maria. Aconsejo leerlo con las piezas musicales intercaladas.